

colección rúbrica



ÁUREA L. LAMELA



EN LA CARRETERA VIEJA

esstudio  
ediciones

## CAPÍTULO I

Guitiriz es un pueblo alargado sobre el eje de la antigua nacional sexta y de la vía del tren. Una villa termal, en la que en otro tiempo venían de otras localidades a recibir tratamientos de sus aguas ferruginosas. Tiene un balneario. La ruta de las aguas intenta enlazar el Camino norte de Santiago con las tres fuentes medicinales. En Parga, una villa pequeña de Guitiriz, está la fuente de Valdovín. Más cerca del pueblo están la fuente de Pardiñas y la fuente de San Xoan de Lagostelle.

Guitiriz alargado, con sus paseos a lo largo de los ríos, con su balneario, sus fuentes medicinales y donde nacieron mis padres, me pareció la mejor opción para recuperarme de esta larga convalecencia tras la Covid, que me llevó a la UCI y al respirador a pesar de las vacunas. Pudo acabar con mi vida, pero tuve suerte; y aunque después de dos meses salí, casi no podía caminar. Fueron muchos días de rehabilitación, y después ya era cuestión de ponerme en forma alejado de la vida de siempre, de mi cotidianidad. Y cuando todo eso pasó ya nada era igual. No existía la posibilidad de retornar al pasado donde lo había dejado. Una huella triste y melancólica detuvo mi vida y cambió mi perspectiva del mundo, y aplacó algo ese poco de arrogancia que uno cree necesitar.

En algún momento de la larga recuperación perdí mi propio rastro. Y seguí un camino con el rastro de otro. Tomé el rumbo que no me correspondía. Hasta que lo hice mío.

Siempre es más fácil eludir las responsabilidades que meterte de lleno en ellas. Ahora ya no nos vemos tanto, y me acordé. No sé cómo pasó. Tampoco es que tuviese gran importancia, pero todo

puede tenerla. Nuestros días pasan inadvertidos marcando las huellas del paso del tiempo.

Un día me di cuenta de que ya no tenía prisa por llegar a casa. Y cuando la tenía no era para estar con lo de siempre. Era para estar conmigo, con el que era y no quería mostrar, y contigo de otra manera. Y ya era esta otra casa el remanso de la distancia de todo.

Llegué en tren, lo preferí así. El tren más de otro tiempo y también en otro tiempo, como en el viejo Oeste que contemplamos en las películas, pero que apenas permanece en nuestra memoria, llenaba de vida la villa. Ya no era así. Ahora era una máquina también alargada que irrumpía ajena al transcurrir de la villa.

Después de la huida de mis padres a otra ciudad nació yo, y empezó mi vida, mis visitas anuales veraniegas. Y tantos años después ahí estaba, para recuperarme de aquel bache inesperado e inusitado en mi vida. Ahora que lo pienso, no sé si cuando me dieron la noticia no lo podía creer, o si lo creí sin pensarlo mucho. Sé que obedecía, tenía que obedecer. No le podía creer a mi mujer que había estado todo ese tiempo en la UCI. A veces el pasado tiene algo de inventado y otro algo inadvertido. Y convencí a mi mujer: qué mejor lugar para recuperarme, para reencontrarme después del proceso en el origen donde mi vida empezó, aunque sea imposible empezarla de nuevo. Mi vida de artista, como siempre quise seguir siendo fotógrafo, me hacía de alguna manera darle un enfoque melancólico, creativo y filosófico.

Mis exposiciones, mis clases de fotografía digital, las fotos, los vídeos, mis montajes, todo quedó en suspenso. Antes era incapaz de ponerle freno a esa prisa que tenía continuamente. A tomarme una temporada para descansar. Era una buena excusa esa enfermedad.

Hice partícipe de mi recuperación a la actividad, los paseos, una alimentación saludable, el sueño reparador.

Día a día caminaba unos 8 km. A veces lloraba cuando volvía por todo lo que había pasado que recordaba y por lo que no podía recordar,

como un trauma que apartas, pero está ahí, y que ahora te permite llorar de alegría porque el proceso había acabado. Siempre quedaba algo de miedo a la posibilidad de aparición de secuelas. Todo me lo tomé como si me fuera a preparar para los juegos olímpicos.

Aunque casi era originario de la villa gozaba del anonimato de la distancia temporal, de la lejana infancia, de los cambios del paso del tiempo, y estar desperdigado en el amasijo de conocidos que configuraban aquella red social. También es cierto que la dichosa mascarilla ayuda a que no se vea la cara. Si se viera, tal vez alguien reconociese mi infancia en ella.

Mis paseos me convencían de mi recuperación, aunque a veces danzaban en la duda y en la necesidad de evasión.

Poco a poco imaginaba y construía todo un mundo sobre los pocos estímulos en los que transcurrían temporalmente mis días, en el paréntesis de la distancia.

Volví a casa y leí *El Noticiero*. El joven científico y peregrino que había desaparecido en Melide durante su trayecto por el Camino Primitivo seguía sin dar señales de vida, y no se había encontrado su rastro. Un lugareño dio un falso aviso, creía haberlo visto en Siete Molinos. Intentaron comprobarlo, no había vuelto a aparecer; tal vez nunca fue él. Pero tal vez esa fue la llama que encendió en aquellos días mi imaginación.

Y desde entonces empezó otra reconstrucción de la memoria, la de los encuentros habituales con aquel joven anónimo quien bien podía ser el que se había convertido en el protagonista de una vida que había estado husmeando.